

Fátima Frutos

En brazos de la belleza

Ediciones  Eunate

Diseño de portada: Carlos Ortega Roldán – Iglobal3d

Imagen de portada basada en la fotografía de Adrian Sedgwick

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares, mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2018 Ediciones Eunate
e-mail: eunate@eunateediciones.com
www.eunateediciones.com
Teléfono 948 272352
© Fátima Frutos
ISBN: 978-84-7768-362-9
Depósito Legal: NA-2289-2018
Impreso en España– Printed in Spain

*Al Doctor Eduardo Uribe-Echeverría,
por mirarme el corazón.*

Índice

Prólogo de Carlos Bassas del Rey	13
Art de Contemplació	17
La Catedral	19
Ruben Darío en la Torre de las Ánimas contempla	20
Ante el Autorretrato de Durero	21
La mujer del ahorcado	22
Poetanuestro	23
Límpida luz del alba cretense	24
Un haz de luz en la Biblioteca de Sarajevo	25
Serguéi Esenin con los ojos cerrados por las caricias de Isadora recita	26
Partir a Biriattou	27
Lo Desconhort	29
El sollozo escondido	31
Almenada	32
El último peguero	34
Todo o nada	36
Unos ojos miran desde el suelo	37
La línea del horizonte	38
Todo el mundo tiene alguien en Moscú	40

Sangre sobre la nieve	42
Subrogación de la carne	44
Ars magna et ultima	45
Diván de despedida	47
Epitalamio de Rut	49
No me salves de la madreSelva	50
Sobrevivir al olvido	52
Huyó la loba	53
Olivier y el cuarteto para el fin de los tiempos	55
El último juglar	57
Jovellanos en Bellver	59
¿Y si la libertad de Spinoza nos salvara?	60

El trovador de la verdad es alguien que dispone su mente de tal forma que los caminos de búsqueda y de encuentro se multipliquen, de modo que todas las posibilidades queden registradas.

Amador Vega

PRÓLOGO

de Carlos Bassas del Rey

Existen muchas formas de mirar el mundo, de recrearlo después mediante la narrativa, el drama, la pintura, la música, la escultura, la danza... De todas las disciplinas artísticas, la poesía —origen verdadero de todo— es acaso la más doliente, la más hermosa, intensa y singular, además de la más completa y compleja, tanto para quien la afronta como escritor, como para aquel que se atreve a surcar sus aguas como lector. La mirada del poeta suele ser siempre de una belleza trágica y se expresa mediante un lenguaje precioso y preciso donde cada sustantivo, cada verbo, cada adjetivo y adverbio son una gota de lluvia, un copo de nieve singular, siempre único y perfecto.

Así es la poesía de Fátima Frutos.

A lo largo de los textos que componen “En brazos de la belleza” —dividido en tres grandes partes de eco luliano: *Art de contemplació*, *Lo desconhort* y *Ars magna et ultima*—, Frutos se sumerge en dos de los pilares que sustentan gran parte de su obra poética: el *Eros* y el *Thanatos*, el Amor y la Muerte, y, por supuesto, la Belleza —la Verdad— que habita en ambos. Dos extremos que sublima en figuras como la del poeta ruso Pushkin o la del “último poeta del campo” Sergei Esenin en sus instantes postreros. Herido de muerte tras derramar su sangre sobre la nieve en un duelo el primero, frente a la soga que había de extinguir para siempre su respiración, el segundo. También en la de Marina Tsvietáieva, con el mirar cada vez más febril de sus últimos días antes de poner fin a su vida —“Esto ya no soy yo”— en una humilde

estancia, más fétetro que cuarto ya, en Yelábuga, donde había sido enviada sin siquiera derecho a la miseria.

En el otro extremo, el de la belleza luminosa, arrebatada, erótica —mediterránea—, Frutos hace un recorrido por algunas de las obras más destacadas de la historia del arte y de la arquitectura, como el retrato que Durero, representante por excelencia del Renacimiento alemán, pintó de sí mismo, subyugado aún por la belleza observada tras regresar de un viaje a Italia; La Catedral de Barcelona, el inigualable Castillo de Bellver, baluarte inexpugnable y cárcel ilustre, levantado a imagen y semejanza del lejano Herdión, o la sencilla Torre del Verger situada en plena sierra de la Tramuntana, entre Banyalbufar y Estellencs... Todo bañado por luz única del Mediterráneo, ponto vinoso cuyos vientos y corrientes han llevado el conocimiento a tantos puertos y playas a lo largo de los siglos. Esa luz única que baña desde las costas de la vieja Ilión, Creta y Alejandría a Mallorca, tierra que alumbró a uno de los mayores genios de la historia, el filósofo, poeta, místico, inventor, teólogo, explorador y misionero Ramon Llull. No hay atardecer más bello en todo el Mediterráneo que el que estalla frente al viajero que asciende hasta el *Mirador de ses ànimes*.

Si algo tampoco falta nunca en la poesía de Fátima Frutos es la glosa, el canto, el homenaje —¡la vindicación!— a mujeres poderosas, a la vez que dolientes, sangrantes y maltratadas por el Arte, por la Historia y el Amor como la escultora, ilustradora y poetisa de la Generación del 27 Margarita Gil Röesset, que se quitó la vida de un disparo debido a su amor imposible por Juan Ramón Jiménez; la ya citada Marina Tsvietáieva o Marianne von Willemer —Suleika—, amante de Goethe —Hatem— a quien el escritor robó los versos de amor que le enviaba para publicarlos bajo su

nombre. Ellas y otras, cuyo recuerdo planea entre los versos que nos ocupan, como Lou Andreas-Salomé, escritora rusa y colaboradora cercana de Nietzsche y Freud, la genial poeta milanesa Alda Merini o la malograda Gertrud Kolmar son una presencia constante en los textos de esta poeta donostiarra, en cuya carne conviven alimentándose la una de las otras, las otras de ella.

Sumergirse en este poemario es iniciar un viaje que va desde la oscuridad fría de la muerte a la luz cálida e intensa del mar, del amor y de la belleza —de la Vida— que habita en cada rincón de ese Mediterráneo salpicado de constantes referencias a viejos dioses y figuras de la mitología clásica, así como a antiguos cánticos joviales de boda que, siglos después, cultivaron poetas como Neruda, Machado o Rubén Darío.

Así es la poesía de Fátima Frutos, exquisita, culta, bella, arrebatada, de extremos que no lo son, que se tocan, que, en realidad, son una sola cosa: muerte, vida, amor, belleza, verdad.

Poesía.